

Florecimiento y decadencia del Helenismo en Asia

Traducción de la obra *Blüte und Niedergang des Hellenismus in Asien*, de Eduardo Meyer, hecha por la señorita Luisa Frey, egresada del departamento de Historia, Geografía y Educación Cívica del Instituto Pedagógico.

En el momento en que, después de la batalla de Isos, el Rey Darío ofreció al vencedor la entrega de la mitad occidental de su imperio hasta el Eufrates, se planteaba el problema del destino del mundo antiguo. El mundo griego no sólo había ejercido, desde hacía tiempo, una influencia política sobre el Asia mediterránea y el Egipto, sino que, desde el siglo VI A. D. C. extendía su cultura por el Asia menor: Lidia, Caria, Licia y después bajo los Auqueménides, por los demás países de la costa. Esto se debió a la superioridad material de la cultura griega, a los mercenarios que se habían hecho indispensables, a los comerciantes, a las diversiones, a las hetairas y artistas griegos. La creciente helenización se hace palpable en la acuñación de monedas con tipos y leyendas griegas; hecho ocurrido no sólo en las ciudades cilicias, sino también en las fortalezas de las montañas de Pisidia, densamente poblada y celo-

sas de su independencia. El enlace de las mitologías nacionales con personajes griegos como aparecen en Selge de Esparta y Tarso de Sicilia, en Argos, etc. y en los sarcófagos de los reyes de Sidón, muestra hasta la evidencia el proceso de creciente helenización. Los Sátrapas de Caria de las dinastías de Idrieo y de Maussolo, presentan ya, en competencia con los potentados griegos, como el tirano de Heraclea, el tipo de los diadocos macedonios. Las ciudades de Caria se organizaban según el modelo griego y sus decretos se hacían en lengua griega. La gran ciudad de Alicarnaso transformada por Maussolo, es la precursora de las ciudades reales helenísticas. Su esposa Artemisa convierte su entierro en un torneo en el cual participan las mejores fuerzas artísticas del mundo griego, en el que luchan por el premio los más insignes poetas, retóricos, escultores y arquitectos a fin de elevar el inmenso monumento funerario. Ya en el siglo V, el cario Scilax, y el lidio Xantos, escribieron sus tratados históricos en griego. El hecho de que un persa, Mitridates, el hijo de Rododates, regalara a la Academia la estatua de Isócrates hecha por Silanio demuestra que en la corte de los sátrapas no faltaba el interés por las cosas del espíritu. Así puede decir Isócrates en el año 380 que, a consecuencia del influjo de la cultura espiritual ateniense, «el nombre de helenos ya no indica el origen étnico, sino el carácter espiritual, la dianoiá; se llama helenos no tanto a los consanguíneos, como a los que tienen parte en nuestra cultura»

De la descomposición política, tanto en occidente como en oriente, nace el helenismo, que es la penetración en pueblos extraños de la forma de vida y cultura griegas.

De la unión de los países alrededor de la cuenca oriental del Mediterráneo, con Macedonia y Grecia, habría podido surgir un imperio único, sobre la base de esta cultura griega, que podría haber afirmado su capacidad vital de un modo permanente. La formación que se insinúa aquí por un momento, ha sido el resultado final a que el mundo antiguo, después de trescientos años de lucha llegó, y al que ningún ataque pudo modificar, hasta que sobrevino la invasión árabe que cambió la situación mundial. No cabe duda de que Filipo, en el caso de que hubiera avanzado hasta Isos, se habría contentado con la oferta de Darío; su viejo general, Palmenio, el heredero de su tradición y de su estrategia, aconsejó también a Alejandro que aceptara dicho ofrecimiento.

En cambio Alejandro era de un carácter distinto al de su padre, quien pensaba prudentemente las posibilidades. Para él no existía el detenerse. Su meta no era la Macedonia engrandecida con la anexión del mundo griego, sino el dominio universal, en el

sentido más amplio. En sus venas se mezclaba la sangre de Hércules con la de Aquiles. Él era así, rey militar de los macedonios, al mismo tiempo el destinado a encabezar la expansión de la cultura griega. Esta había alcanzado la plena universalidad en el momento en que Aristóteles, el maestro de Alejandro, unificaba el saber humano. Para Alejandro se presentaba la tarea de unificar todos los ecúmenos cuya extensión se pretendía abarcar, y formar un imperio de la cultura universal. Por esto rechazó el ofrecimiento de Darío y atravesó el Eufrates, no sólo para someter todo el imperio persa, sino para llegar mucho más allá, hasta los límites del mundo habitado.

El alcance de su resolución se le presentaba claro: sobrepasaba con ella su posición de rey de Macedonia y jefe de las confederaciones helénicas y al mismo tiempo transformaba la base de su poder. Macedonia y Grecia, era un sostén demasiado pequeño para el imperio universal.

Esto se revela claramente, cuando en el Hífnis su ejército se niega a continuar al infinito. Tuvo que considerar a sus nuevos súbditos en igualdad de derechos con los macedonios y de esta manera rompió con las normas seguidas hasta el momento, que derivaban de la doctrina aristotélica acerca de la destinación de los helenos para el dominio y de los asiáticos para la servidumbre. Mientras en los países mediterráneos colocaba siempre gobernadores macedónicos, en los países al este del Eufrates, excepto los países limítrofes, confería las satrapías a gobernadores persas. Alejandro, desde la última batalla decisiva, se presenta como el sucesor de los Aqueménides, legitimado por la victoria. Adopta el ceremonial de las cortes persas: su séquito, la posternación (proxenia) que exige también a macedonios y griegos. Según la costumbre persa, manda mutilar y después ejecutar, delante de todo el pueblo, a Bessos, el asesino de Darío, en Egbatana. El término de la venganza griega, lo anuncia de una manera simbólica, arrojando la tea a la viguera de cedro del palacio de Persépolis; en Egbatana permitió que regresasen a su patria los contingentes griegos. En cambio reclutó treinta mil jóvenes persas a fin de educarlos y formarlos para el ejército, a la manera macedónica y para que sirviesen luego de continuadores (epígonos). En el año 324 entraron éstos al ejército en reemplazo de los veteranos licenciados. En el mismo año se expresó en las grandes bodas de Susa, no sólo simbólicamente, sino realmente la fusión de ambos pueblos dominantes, el antiguo y el nuevo. Otras medidas, como la «transplantación de grandes masas humanas del Asia a Europa y de Europa al Asia, en combinación con la proyectada fundación de ciudades», debían seguir

«para unir los grandes países continentales por medio de los lazos matrimoniales y de parentescos, en una amistad basada en el acuerdo y los lazos de consanguinidad». El lugar de las nacionalidades debe ocuparlo el imperio universal.

La ingenua fe griega en la omnipotencia del «nomos» (ley) que domina sus teorías, la fe en la posibilidad de cambiar fundamentalmente el carácter de los hombres y de los pueblos por medio de una legislación apropiada, ha encontrado en lo arriba expuesto su expresión drástica.

La base para la posición que debería ocupar como dueño del mundo, la forjó Alejandro, inmediatamente después de su decisión, yendo en la primavera de 331, desde el Egipto al desierto, hacia el oráculo de Amón, que gozaba entonces en el mundo griego de la mayor consideración, para consagrarse como hijo de Dios, lo que fué anunciado inmediatamente por la información oficial a todo el mundo y completado con palabras equivalentes, por el renacimiento oráculo de Nranquidea y por la Sibila de Eritrea. Alejandro derivó como consecuencia de estos hechos, la pretensión de que todas las comunidades griegas lo recibieran entre sus divinidades oficiales, desentendiéndose soberanamente de los principios de la confederación corintia en su edicto acerca de la vuelta de los deportados. La monarquía divina sigue siendo en lo sucesivo, la fórmula a la que hay que recurrir para incorporar en la monarquía universal, las ciudades libres que se rigen por sus propias leyes y subordinarlas, de este modo, a los mandatos del soberano.

Plenamente entregado a una actividad que comprometía al mundo entero, fué alcanzado Alejandro por la muerte y, por lo que humanamente se puede preveer, no al fin de su carrera, sino al principio de ella. De los grandes planes que él concibió, ninguno pudo ser realizado; también permaneció sin cumplirse la segunda parte de su tarea; la salvación del helenismo en occidente, en la que había fracasado su cuñado, la anexión de todo el mar mediterráneo al imperio universal. En este caso como en el asesinato de su padre y en el de César, la repentina desaparición de un hombre determinó el curso del desarrollo mundial a través de siglos.

De la organización del futuro imperio, sólo los rasgos principales estaban delineados; los herederos legítimos eran un hermano imbécil y un hijo póstumo. Así se hizo inevitable el que sus generales luchasen por la herencia. Todas las tentativas de conservar la unidad del imperio, fracasaron a causa de las tendencias centrífugas: pasó medio siglo antes de que el nuevo estado macedónico-helénico, se asentara sobre sus principios y llegara a tener verdadera consistencia.

Para la historia del helenismo, fué fatal el invierno del año 333-332; su causa fracasó principalmente porque no se circunscribió a un territorio limitado, que hubiera podido formar una unidad política, sino que quiso alcanzar lo desmedido: países de un carácter completamente diverso que tenían sus centros de gravitación fuera del imperio. El helenismo no pudo hacer penetrar eficazmente su cultura en ella, ni obtener su cohesión. Pero en cambio se produjo una poderosa influencia cultural del oriente sobre occidente.

Por el momento, las luchas entre los soberanos no obstaculizaban la expansión del helenismo, sino más bien, la impulsaban. La reacción macedónica que comenzó después de la muerte de Alejandro y que veía en el ejército macedónico, exclusivamente, al portador de la unidad del imperio, no condujo solamente a que todos los altos oficiales, con excepción de Seleuco, repudiaran a sus mujeres persas, sino que además rechazó a los griegos, lo que decepcionó amargamente a Eumenes, el más grande talento estratégico del tiempo de los Diadocos. Esta reacción no tuvo grandes consecuencias, ya que se mantuvo la preponderancia del elemento macedónico en los imperios parciales. Los más avisados entre los gobernadores de oriente, Peucestas y Seleuco, continuaron los procedimientos de Alejandro y supieron ganarse la simpatía de sus súbditos. Nunca hubo una reacción oriental; los pueblos de oriente, incluso los iráneos, se sometieron con entera pasividad a la dominación extranjera, contentos de no ser molestados en sus particularidades nacionales y religiosas.

La ciudad griega es la portadora del helenismo y el medio primordial de su difusión. El grado en que puede atribuirse Alejandro la fundación de ciudades y la comprensión sistemática de esta idea, para la extensión del helenismo, es una cuestión que, como se sabe, aún está en discusión.

Droysen, en su tratado fundamental sobre las fundaciones de ciudades realizadas por Alejandro y sus sucesores, admirable testimonio de su energía de investigador, y aprovechándose de todas las noticias esparcidas, en parte muy inseguras, ha aumentado el número de las fundaciones atribuídas a Alejandro, de tal manera, que ya no parece exagerada la noticia de Plutarco acerca de que habría fundado más de setenta ciudades griegas en el Asia. No cabe duda de que Droysen ha excedido la realidad histórica, por cuanto muchas ciudades griegas atribuídas a Alejandro, han sido fundadas por sus sucesores; por otra parte la tendencia a conectar las ciudades griegas con Alejandro ha crecido con el tiempo. Por esta razón se ha desconfiado, —y yo también hasta ahora,—de es-

tas afirmaciones y se ha atribuído la colonización sistemática a sus sucesores. De todo el imperio occidental, sólo se puede atribuir con seguridad al rey macedónido la ciudad de Alejandría. La atención solícita y a veces innovadora con que se preocupó de las ciudades griegas del Asia Menor, tales como Priene e Ilión, es algo esencialmente diferente a la fundación misma; a sí como la autonomía concedida a la ciudad de Sardes y a los lidios en general, sobre la base de su derecho patrio, no puede considerarse una fundación.

Algo diferente ocurre en el Irán. También los historiadores de las campañas de Alejandro, mencionan la fundación de ciudades en la Sogdiana, en el Indostán, en India, las cuales fueron pobladas con veteranos y aborígenes y no sólo para asegurar las fronteras por medio de ciudadelas, sino también para abrir paso al tráfico comercial. Así nacieron las ciudades del Indo, y de la costa de Gedrosia, entre ellas una Alejandría (Arbis), fundada por Leonato, por orden de Alejandro. Para el mismo fin sirvió la construcción y fortificación de una ciudad en Babilonia, situada en los lagos de la frontera arábica, en los que desemboca el Palacotas que es el canal principal del Eufrates. Su población constaba de mercenarios ineptos para la guerra, que se presentaban voluntariamente. Al mismo tiempo podía servir esta ciudad para el proyectado reconocimiento de la Arabia.

Más lejos aún nos llevan una serie de datos, especialmente de orden geográfico, contenidos en la abundante literatura sobre Alejandro. Plinio menciona como fundaciones de Alejandro, la Aléjandría margiana (Merw), Alejandría Ario (herat), y parece que también la Alejandría Arachoton (Kandaher), además una Heráclea en la Persia y agrega acerca de la primera y de la cuarta, que fueron destruídas por los bárbaros y restauradas por Antíoco I. En cambio es seguro que Alejandro no ha pisado nunca el oasis de Merw y que en sus rápidas travesías por el Irán oriental hasta el Indostán, en el otoño e invierno del año 330, cuando se perseguía a Bessos, difícilmente pudo pensar en algo semejante. Durante su larga estadía en Sogdiana y Bactriana y después en la India, la situación fué diferente. Pero esto no autoriza para dudar de datos tan precisos; tales fundaciones se habrían realizado por orden suya, en los momentos en que se pudo dar tiempo para finiquitar la construcción de su imperio y una vez que hubo concebido claramente los rasgos básicos de la reorganización que se proponía. Esto vale precisamente para la población de los grandes oasis de Merw y de Herat que se distinguen por su fertilidad y que presentan todas las condiciones adecuadas para la formación de centros urbanos. Vale también para algunas de las ocho o aún doce ciudades,

que Alejandro habría fundado en Bactriana y en la Sogdiana y de las cuales los historiadores nombran sólo unas pocas. Una prueba de la existencia de las ciudades griegas, la encontramos en el hecho de que colonos griegos de las provincias «superiores», entre los cuales la nostalgia por la patria había producido ya en 1325 una sublevación, partieron en masa después de la muerte de Alejandro para conquistarse la vuelta. Fueron vencidos y aniquilados por los macedonios de Pitón; el ejército se calcula que estaba compuesto por 20.000 hombres de infantería y 3.000 de caballería. Este hecho proporciona un punto de referencia para apreciar el volumen de esas colonias, ya que una parte de los colonos permaneció seguramente en su nueva patria y explica al mismo tiempo el fenómeno de la decadencia de las poblaciones en lugares como Merw, Herat y Heráclea.

Aún más lejos nos llevan las noticias de Polibio; nos dice que en tiempos de Antíoco III la Media estaba rodeada de ciudades griegas, según el plan de Alejandro, destinadas a protegerlas contra los bárbaros de la frontera. Sólo Ecbatana constituye una excepción al respecto. De esta manera la colonización ejecutada por los seleucidas, era expresamente atribuída a Alejandro. Naturalmente pertenece este plan a sus últimos años, cuando en 324 volvió a visitar la Media: él no alcanzó a realizarlo. En esta materia también se revela claramente la intención de Alejandro de llegar a una verdadera fusión de iraníes con griegos y macedonios, inaugurada simbólicamente en su matrimonio con Roxana y con la hija de Darío Estateira; ya que consideraba a los iraníes, lo mismo que Eratóstenes, un pueblo culto y por lo tanto al nivel de los griegos.

La muerte de Alejandro interrumpió temporalmente estos proyectos pero luego fueron adoptados por sus sucesores con tanta o más energía. Todos los diádocos que temporalmente o de una manera duradera, consiguieron la consolidación de sus nacientes imperios, fundaron nuevas ciudades griegas o convirtieron las ya existentes en grandes urbes: así procedieron Antígono y Demetrio y también Casandro y Ptolomeo. Pronto los imitó el rey de Bitinia, Nicomedes, uno de los dinastas aborígenes que se habían mantenido independientes desde el tiempo de los persas, y fundó su capital Nicomedia (264). Lo sigue más tarde, alrededor de 240, Arsames de Armenia, con la fundación de Arsamosata en la región del Eufrates. Pero los más grandes fundadores de ciudades, no sólo de esta época, sino de la de toda la historia, son Seleuco y su hijo Antíoco I. La colonización como la habían comenzado en Asia Menor y en el norte de Siria Antígono y Lisímaco, se extendió

ahora en gran escala por todo el continente hasta los límites con la India y la estepa Turana.

Esta es la colonización más vasta de la historia universal, proyectada sistemáticamente y llevada a cabo por un gobierno. Es curioso que precisamente ella haya sido olvidada, generalmente, en las obras de vulgarización a pesar de que sobrepasa a todas las demás.

Lo que los primeros Seleucidas realizaron en este sentido, es en realidad admirable y apenas concebible. No nos podemos extender acerca de cómo fueron sembradas de florecientes ciudades griegas la Siria del norte y la Cilicia por Seleuco I; los países del Asia Menor: Lidia, Caria, Frigia y los Alpes Pisídicos por Antiocho I. Plinio dice acerca de las regiones que se extienden al oriente del Eufrates: «Toda la Mesopotamia, país que perteneció originariamente a los asirios, con excepción de Babilonia y Nínive, estaba poblada de aldeas; más tarde las reunieron los macedonios en ciudades a causa de la fertilidad del suelo». También los nombres geográficos llevan el sello macedónico: la región ondulada en las fuentes del Caaboras y de sus afluentes, cuyo centro es Antioquía. Nisibis es designada con el nombre de Migdonia; Seleuco llamó Edessa a la gran ciudad que fundara en el fértil y bien regado valle de Urhai (Urfa), en un afluente del Balichas, tomando así para ella el nombre de la ciudad real de Macedonia. Más hacia el Occidente, cerca del Eufrates, surge la ciudad y el país de Anthemusia; la ciudad de Thapsacos se convierte en Amfípolis. Dura, en el Eufrates, recibe de Seleuco el nombre de Europos, bajo el cual fué también helenizada la antigua Karkemisa. A esta se agregan otras numerosas ciudades.

(Continuará).